

CAPÍTULO 1.

TODA HISTORIA ES UNA PATRAÑA

Cuando suenan las campanas parece el pueblo que una vez fue, aunque a sus pies se reúnen más parejas con niños, chicas solteras, okupas y perros que beatas. Cruzan la plaza con calma sobre restos de cerveza y algún vomitado de la noche anterior. A veces, queda aún algún borracho dormido en la escalinata, a la puerta de la iglesia, que tiene que despertar el cura para adecentar la entrada.

Se ha vendido el colmadito de toda la vida y en su lugar unos sudamericanos han puesto una cursi heladería merengada que se ve porque hace esquina, pero no tiene mucha afluencia de público. Las que sí están a rebosar son las tres terrazas, siempre, a cualquier hora. A la gente del barrio les parecen más bien molestas pero los jóvenes pasan su vida en ellas. Y no sólo vienen de Gràcia, también de otras partes de la ciudad. Especialmente un soleado domingo por la mañana.

Pero hoy es lunes y Rafaela se encuentra una plaza bien distinta. Para empezar, los bares no han abierto todavía y las palomas picotean todo tipo de restos porque apenas nadie las asusta. Poco viene a Barcelona pero a esta parte, nunca, así que por un momento se confunde, pese a llevar dibujado en un papel usado el itinerario desde la salida del metro. Sabe que la institución está en una calleja así que prueba con la de la derecha, la de la heladería esquinada, pero pronto ve que no es la adecuada y eso que la asociación cultural de portones de madera le ha hecho pensar que ya había llegado...

Rehace sus pasos y gira la esquina merengada, sube esa calle con más precaución porque es semipeatonal y precisamente en ese momento la recorre una furgoneta ya en pleno horario de trabajo, se supone. Su mirada se detiene en los modernos escaparates, que exponen objetos de diseño. Los contiguos ocultan el interior por un vinilo translúcido sobre el que asoma, siempre tras el cristal, el vértice de una sombrilla abierta, como si detrás se hallara el paraíso. Ese es, sin duda. Edén o no, el zaguán que le da acceso es enormemente viejo. Tiene un coche aparcado que le impide ver la entrada al centro por lo que llega hasta el patio interior, que alberga un pozo, ¡un pozo! Retrocede, observa, conjetura y entra.

Sebastián viene desde el parking. Él es muy viajado y sabe orientarse bien. Antes de llegar a la plaza pasa por delante de un pequeño café y se siente tentado, por un momento, de hacer uno, rápido. Pero es el primer día y no quiere perderse las presentaciones de los que serán sus compañeros. En la esquina de la callejuela que lleva al centro, caray, este barrio está lleno de heladerías, piensa, deja pasar a un grupo de chicos especiales y su monitor, que deben de ir de excursión. Sube, seguro de su camino, ve el zaguán y se adentra.

A Bet el viaje en tren le ha dejado soñolienta, así que llega como envuelta en un halo difuminado, a tono con el rótulo color pastel del comercio de la esquina. Sube arrimada a los escaparates porque el muro de la iglesia tiene sobre sus gárgolas innumerables palomas piojosas, que se cagan sobre el pavimento. Cuando pasa por delante del que deja asomar una sombrilla, siempre tras el cristal, piensa que se ha equivocado decidiéndose a apuntarse en esta entidad, no aparentan ser muy profesionales. Pero ahora ya está hecho, así que gira en la primera abertura que resulta ser un zaguán y abre la puerta interior de vidrio.

Iván también ha venido en coche pero lleva ya una hora por el barrio porque temía no poder aparcar. Efectivamente le ha costado, pero no tanto como creía, y es la cuarta vez que pasa por la plaza para no gastarse dinero en un café. Suerte que aún no ha llegado el frío. Sube el pasaje que ha reconocido por el horroroso rótulo de esta tienda de la esquina que ya había visto en el callejero fotográfico QDQ y se le caga una paloma en la cabeza, justo donde tiene pelo. Me cago en su puta madre, exclama enfadado, pues si que empieza con buen pie lo que considera va a ser su gran oportunidad. No tiene pañuelo así que se limpia con la pernera del mono que lleva en la mochila. Cruza, indeciso, el zaguán, un coche sale de él en ese preciso momento así que tiene que pegarse a la pared, casi de morros contra la puerta entreabierta que da acceso a donde ocurrirá todo.

Rafaela, la huesera

Atravesó Arenys de Mar en un suspiro. Se detuvo en Pescados y Congelados Arenys y en cal Pere, el payés de Can Jalpí, a comprarle fresitas. Con Arenys de Munt a la vista, se desvió a la derecha, camino de Rubinat, su casa y su empresa.

El camino era como todos los de la zona, polvoriento, aprisionado por muros desconchados que dejaban ver milimetrados huertos de forma intermitente. Sus arenas movedizas, de riera, la habían convertido en experta ciclista primero, motorista después, y desde su mayoría de edad, en una de las más rápidas en liberar el coche con una simple caña partida en tres pedazos.

Tras la tercera curva, un desvío a la izquierda atravesaba el portón que su padre cerraba cada noche, por muchas razones, el bonete de plátanos, y llevaba a la casa. La casa. Qué sensación de fortuna la embargaba cada vez que llegaba.

Su padre había sido muy listo en convencer a la vieja señora de que la tierra acabaría por dar nada, que mejor era instalar una fábrica. La señora, cada vez más empobrecida por el ostracismo al que la condenaba el pueblo, aceptó rápidamente la propuesta de su fiel masover, Vicente. Irían a medias. Aprovecharon el antiguo establo que estaba ya en el valle, a quinientos metros de la casa, para construir la fábrica. Traerían de América las nuevas técnicas de estampación textil y darían servicio a la poderosa empresa catalana. Por supuesto, el pueblo vaticinó al momento su fracaso. De eso hace treinta y siete años.

Al morir la señora, la fábrica había dado suficiente dinero como para que don Vicente comprara la casa a sus dos hijos, más interesados en el blanco luminoso de un chalé y una fueraborda en la Costa Brava. ¡Cómo podía alguien desestimarla! Al estilo de las construcciones de los indianos venidos de América con los bolsillos repletos de riqueza, su ostentación hacía años que había quedado arrinconada por la ampelopsis, los achacosos 125 w, las puertas parcheadas para ocultar roeduras o el abandono de estancias obsoletas como las caballerizas, los lavaderos, el invernadero de plantas tropicales. Era vieja e incómoda, pero Rafaela estaba enlazada a ella para siempre por la sogá de la infancia.

Su padre la esperaba chupando su cigarro bajo los plátanos. El gerente de Estampados Rubinat continuaba siendo el payés de siempre, incluso con esa pose severa que bien sabía Rafaela indicaba problemas, más problemas. Observó al aparcar que no estaba la furgoneta de Toño.

– ¿Traes los apestosos aires de la ciudad?

– Había hoy buen ambiente, padre. ¿Y aquí, qué ha pasado hoy?

– Anularon el pedido. Con las planchas preparadas, el tintaje comprado, las horas en espera –ni un solo ademán enturbia la expresión de don Vicente.

– Ay que lo sabía, no podía ser tanta nuestra suerte. ¿Por qué, lo que han hecho?

– Cosas de la moda, dijeron. Que no gustó la primera remesa en las tiendas.

– Pues protestamos... ¿le parece?

– Toño trae a la Isabel. Tendrás que convencerla de que compre ella el estampado.

– Uf, le va como a mí un traje rojo pasión –Rafaela pasa la mano por encima de su cuerpo con una sonrisa irónica.

– Pues despábilate. Esto está ahora en tus manos. Liarte con unas clases justo en este momento...

– Padre, usted no lo entiende: o hago estas clases o reviento.

Llamó a las poetas más cercanas y quedaron a las cinco en su atalaya. Revisó sus mails, pasó revista a la casa, dejó la cena preparada. Enric había avisado de que llegaría tarde. Las tareas domésticas le permitían ensayar un guión de la entrevista que tendría lugar de un momento a otro. No había sido educada para ello, ni lo había ambicionado. Pero la vida obliga a desarrollar facultades imprevistas. Oyó las piedras crujiendo bajo las llantas de la furgoneta y bajó con paso decidido.

Isabel estrenaba cazadora de piel, pese a que al calor le faltaba una hora para apaciguarse. Le gustaba presumir de mujer de negocios, se sabía las normas. Le dio un sólido apretón de manos, se interesó por don Vicente, por la familia y por la fábrica, expuso una frase hecha sobre el sector y sonrió a Rafaela. Ésta sabía que debajo de tanta pantomima había mutuo aprecio.

– ¡Qué suerte, Isabel! Es un estampado de lujo –se avanzó Rafaela con un comentario que situara la negociación en un alto nivel.

– No debe ser tan bueno cuando lo ha desechado Pepelús para sus tiendas –le puso en su sitio Isabel.

– ¿Desechado? Ha tenido tanto éxito que no pueden repetirlo si quieren vender otras prendas.

Isabel sonríe profesionalmente y se encamina hacia la fábrica, obligando a Rafaela a seguirle: – Déjame verlo.

La puerta estaba, como siempre, abierta. Sobre la mesa, un marco entibaba una tela a rombos y flores malvazulados. Isabel la observó con mano experta.

- Los materiales están abonados, puedo ofrecer un buen precio y hemos pensado en seguida en ti – Rafaela ha aprendido alguna buena táctica en estos años.
- Todos sabemos cómo pagan esas cadenas de moda, Rafaela. No te voy a pagar por encima de ese valor.
- No esperaba más. Pero tú te encargas del tejido y el transporte. Al fin y al cabo, es para tus clientas.
- En ellas pensaba. No sé si les va a gustar este estampado. Demasiado juvenil.
- Lo he tenido en cuenta –le sonríe Rafaela–. Deja que suba el ocre, y tendrás a todo el Maresme de sobrio malvamarrón. Aunque te saldrá algo más caro.
- Me lo enseñas entonces. Y entre tú yo, Rafaela: me debes un favor.

Casi las cinco cuando se despidieron, satisfechas. Rafaela bajó a pie el camino y atravesó la riera, continuó a Vistalegre para despistar a quien la viese, cruzó el bosque unos metros más allá, la viña de Pipe, los cerezos abandonados y llegó al faro de Can Jalpí.

Sólo un loco como el hijo de los antiguos propietarios de la finca podía construir un faro en una montaña, a cinco kilómetros del mar. Educado como un príncipe, su nacimiento fue anunciado al pueblo con cañonazos. Vestido de marinerito, se le veía navegando por el lago artificial en veleros contruidos a medida para este niño que una vez adulto se gastó toda la herencia en convertir la casa pairal en castillo del que ser su señor, para huir después de sus acreedores sin dejar rastro. El faro le iba a permitir controlar los navíos que arribaban al puerto de Arenys de Mar, seguramente creyéndose el naviero que recibiera cuentas de sus viajes.

Descuidado por sus actuales dueños, como el resto de instalaciones de la propiedad, algo habitual en estas tierras, su carcomida escalera de caracol parecía sostener por última vez al que ascendía por ella a la incorpórea parte superior, toda de ventanales sin cristales por las que se entrecruzaban brisas provenientes de todos los puntos cardinales. El aire fresco y musical que había allí era ya de por sí duende de poetas.

Carmen y Lali subieron detrás de ella, esperando por turno para no descolgar la escalera con su peso.

– Chiquillas. Os he convocado urgentemente porque necesito una historia. Saca el té, Carmen –pidió Rafaela.

Y mientras Carmen liaba la marihuana robada a sus hijos en dosis justas para que no se notara, Rafaela les relató su experiencia de la mañana:

- Somos un jubilado presumido al que le encanta hacer amigos, una cuarentona guapísima, pero guapa de verdad, de Girona, un chaval de pocos años algo renegrido, el profe, que es un argentino muy hablador, y yo. Todos con muchas ganas de escribir. Y pasado mañana hemos de llevar un misterio, un ambiente de nuestra tierra, que todas sabemos que está preñada.
- Las brujas de Vallgorguina.
- El dolmen del bosque.

- Los tesoros ocultos de los indianos.
- Los muertos emparedados.
- La secta Arco Iris.
- ¿Por qué no explicas la historia del que se ahorcó con su gato, aquí, en este faro?
- Rafaela, tú sólo puedes escribir una historia, la del valle –le señala Carmen, ahondando su tono ligero.
- ¡Demasiado! Ese valle está tan relacionado con mi vida que hasta dudo que existiera sin mí. No quiero revelarme así.
- Quizás sea el momento de que lo investigues. Explícalo. Publícalo. Demuestra a ti y a todos con hechos que es sólo leyenda lo que rodea a Mas Arquer –se exalta Carmen, que es la más novelesca de las tres.
- Lo cierto es que... no estoy tan segura.

Sebastián, el hombre feliz

Cuanto mayor se hacía, más le gustaba correr. Empezaba a comprender a aquellos sexagenarios que cruzan arriesgadamente una calle para no sentirse viejos. Aparcó en el garaje, cuya puerta por cierto tenía que engrasar sin falta de tiempo, pasó el guante de microfibra por el salpicadero y los asientos y subió, hambriento.

- ¡Octàvia, cariño, ya podemos comer!
- ¿Cómo ha ido, Sebastià?
- Bien, muy bien, me gustará. Somos pocos, ¡pero bien diferentes! Una chica de Girona, la de Estampacions Rubinat, fíjate qué casualidad, y un joven con un poco de mala leche, me parece. Y el profe, argentino.
- ¿Y te pondrán muchos deberes?
- No, mujer. De momento tengo que escribir una historia de aquí, de Mataró. Después de la siesta me pondré.

Parecía una conversación amable de pareja, pero Sebastián sabía que había mucho cieno detrás. ¡Cuánto había discutido con ella por estas clases! ¡Y el precio que tendría que pagar! Sabía muy bien que ni después, ni mañana, podría dedicarse a esa historia que entregaría tarde, en horas robadas a la

siesta. Parecía que Octàvia había esperado a su jubilación para reclamarle el aburrimiento acumulado en años, desde que se fueron los hijos de casa. Sin aficiones, sin inquietudes, no esperaba más que él fuera todo para ella. Precisamente él, que había deseado intensamente la jubilación para hacer todo lo que el tiempo no le había permitido. No pasaba día sin charlar con su padre y algún amigo, a lo que Octàvia no le quería acompañar. Sus partidos de golf, desde que les prohibieron el tenis por su edad, les daban a él y a sus amigos la intensidad vital que había perdido el sexo hacía ya tiempo. Octàvia no había querido ni formar parte del club. El cine, aprender cosas nuevas, nada hacía brillar en ella una chispa de emoción. ¿Qué quería? Que se sentara junto a ella a ver pasar la vida que les queda. Ni hablar. Con el dulce sabor que acompaña el hacer lo que uno desea.

Le había ido bien la vida. Una torre con piscina, dinero suficiente para vivir bien, buenos amigos. Había empezado las clases que ponían a su alcance el sueño más codiciado. De joven uno tenía que escoger aquello que le permitiera ganarse bien la vida. Había que crear una familia, tener una buena casa, pagar unos estudios a los hijos, asegurarse la vejez. Los sueños eran para los hijos de papá, que podían dárselas de contraculturales mientras recibían puntualmente su asignación en Formentera por no aparecer por casa con sus piojos y su música infernal.

Su amigo Joaquín, por ejemplo. Trabajando fines de semana y vacaciones para disfrutar de la vida él y su mujer en su jubilación, que además fue anticipada. Al cabo de seis meses estaba muerto y su mujer tardó poco en tirarse del balcón. Fontana aguantaba mecha desde hacía dos años, corroído por el cáncer, sonriendo cuando podía por el solo hecho de ir a visitarlo. Y los que ya no estaban. Juntos habían tenido el sueño de irse a vivir a una comunidad asistida por médicos, verde, floreada, con zonas comunes y piso propio para ocultar a ratos sus miserias. Pero Jacinto había sido el visionario. Ni hablar de vivir juntos y ver cómo iban desapareciendo uno a uno. Mejor enterarse de su muerte por las esquelas, llorar juntos en el cementerio, y luego cada uno a su casa a continuar con su vida, como si la muerte fuera siempre ajena.

Y qué guapa era la chica de Girona. Elegante, cuidada, muy risueña. Le recordaba a su época con Joaquín, tan latin lover. Juntos, el adonis y el simpático, se comieron el mundo. Tuvieron las más guapas chicas de Girona, de la Costa Brava y de Saint-Tropez. Hasta que se acabó la carrera y hubo que sentar cabeza. Joaquín se casó con una chica de Madrid hija de rentista. Y apareció Octàvia, en una fiesta de Sant Vicenç de Montalt, de la que se enamoró perdidamente por su inocencia y su elegante belleza.

ghghghggg, oooojjjjj, ghghghggg, oooojjjjj

¿Cuándo se quedó dormido? Lo último que recuerda es una guapa mujer, suficiente motivo para dejarse galantear por el sueño. Sagrada es la siesta. Mira el despertador que dejó allí el último de sus hijos en marchar de casa, sobre un estante contrachapado que sostiene tiempos ha una enciclopedia polvorienta, nunca hojeada por nadie, seguro. Hoy se ha excedido diez minutos de su hora habitual. El ajeteo extraordinario.

Se asoma a la ventana y ve a Octàvia en el jardín. Es hora de colaborar, que reine la paz en la parcela. Se calza, sale al vestíbulo, toma su querida chaqueta canela del colgador, abre al exterior, restriega sus pies en el felpudo en forma de ancla que tanto le gustó y desciende asentándose bien en los peldaños, que en esta zona la humedad los cubre en secreto de verdín.

Octàvia está podando las vides. Pese a que parece verano, el jardín empieza a ponerse melancólico. Se acerca y le toma la podadera porque sabe que le cuesta agacharse. Le propone su paseo a Els Frares, tanpreciado.

Es difícil caminar en esta época de grandes lluvias que fisuran la tierra. Sobre el duro suelo, la arena de grano extra actúa como rodetes bajo los pies. Octàvia no quiere seguir.

– ¡Vámonos, Sebastià! Vamos a ver al Pau, que llegará ahora de la escuela.

– Pero mujer, si ya vinieron el otro domingo.

– ¡Pues por eso! Una semana ya...

– Podíamos acercarnos por casa del Jacinto.

– Ya estás con tus amigos.

– Y los tuyos. Sabes que Jacinto se alegra mucho de verte.

– Y la familia también se alegra de vernos.

– Mujer, nos hemos visto ya tantos años... Se me ocurre que, como he de recoger historias de aquí, de Mataró, podemos organizar con Jacinto una cena tenebrosa de misterio, a oscuras, bajo un roble... –le sonríe Sebastián enarcando las cejas.

– No empieces, Sebastià, con tus barrabasadas.

– ¡Ah, es un plan magnífico! Hay que ir a organizarlo rápidamente –Sebastián ya está lanzado. Organizar planes es una de sus pasiones favoritas.

– ¡Sebastià, a ver a tu nieto, caray!

– Cariño, te acompaño y te dejo allá, y me voy a preparar la cena con Jacinto. Mira, nos acercaremos a comprar variedad de setas, camagrocs, que te gustan, y llenegues y pets de llop o peus de rata o, con suerte, rossinyols. Tú déjame que esta noche te mime.

Y tras dejarla en casa de su hija Marina, Sebastià aterriza en el apartamento de Jacinto, en el extremo de Mataró. Lo encuentra, por supuesto, sabía que lo iba a encontrar. Jacinto sólo sale para jugar a golf o cuando no le queda una lata en la despensa. Le abre la puerta sin mirarlo y le invita a seguirle al salón.

– ¿Tienes dispensa esta tarde? –pregunta incisivo Jacinto sin apartar la mirada de la tele.

– Sólo si tú y yo preparamos una cena.

– Conmigo no cuentas. Estoy estudiando para presentarme a «Un país d'acudit».

– ¡Qué miserable! Si al menos fuera para mejorar tus trampas al póquer.

– ¡Sea! –caza el comentario Jacinto, que saca de entre los periódicos amontonados una baraja.

La partida está ya levantando ampollas cuando Sebastián recuerda a Octàvia y la cena.

- Oye tú, carcamal, que me buscas la ruina, vamos a hacer algo.
- ¿Un gin ramy?
- Hay que llamar a Isidre y a todos, a ver si les va bien una cena de historias de Mataró, para mi curso. Porque tengo que escribir...
- ¿Tú sabes que el otro día se me insinuó la dueña del súper? Se debe de pensar que estoy podrido de dinero, por tantas latas, digo.
- Y... ¿vas a invitarla a una cena romántica aquí en el apartamento?
- A quien he invitado es a la cajera, pero me mira como si fuera un viejo verde, ¡presumida! Tienes que conocerla, tú, ahora, ¡vamos!
- Uhhh, yo ya no estoy en estas justas. Los sobresaltos pasionales ya no casan con vivir bien.
- Estás acabado, tío. ¡Vámonos al súper!
- Si al menos encontramos unas setas enlatadas.

Bet, la reina herida

El restaurante estaba a tope de guiris cuando ella lo atravesó. Girona recibe todavía turismo a la caída del verano. Picó un par de cosas de la nevera y fue a ver a su hermano, ya a punto de cerrar la cocina.

- ¿Qué, hermanita? ¿Has triunfado?
- ¡Quita, que voy en serio! Voy a hacer de mí una profesional.
- Ahá –le mira descarado Isidre.
- ¿Y aquí, qué tal? ¿Me habéis extrañado?
- Hoy ha sido tranquilo. Y los guiris, hermanita... no vienen por ti.

Subió a casa desde el restaurante. Tenía que descansar para el turno de la noche, que le exigía todo su encanto. Si la cercanía con el ayuntamiento hacía de Dibatània la opción preferente para comidas oficiales y administrativas, por la noche la discreción asegurada era la razón de que ocuparan sus reservados políticos y empresarios. Sólo Bet asignaba mesas, recomendaba platos y velaba por la prudencia en las entradas y salidas. A media tarde iría a ver a Marga, que le pusiera a punto las cejas y le

untara todo el cuerpo de algas y perfume hidratante. Cèlia, después, daría a sus pardos rizos la impronta de una actriz.

Esta noche no vería a Narcís. Estaba de campaña política, de nuevo. La última fue terrible. Nervioso, exigente y malhumorado, apenas la vio para purgarse de sus presiones con sexo rápido y mal llevado. Lo peor era verle con su mujer en imágenes oficiales. Sonrientes, cariñosos, ¡maldita! ¿Cuándo iba a desaparecer?

Necesitaba a Narcís. Cargaba su vida con munición. Le daba un objetivo: amarlo. No le harían renunciar a él ni los rumores, ni los mandos del partido, ni por supuesto la innumerable, que venía a veces a Dibatània con las demás consortes de políticos a atufarle el restaurante con su hedor a ganadora. Ganadora... ¡Ja! Si supiera todo lo que sabe de ella, no la miraría con tanta soberanía. Narcís le daba a ella lo mejor: su pasión, los secretos, su lado salvaje. La libraba de las trampas en que caían las mujeres: hijos, rutina, el traje de los domingos, las comidas con los suegros, las salidas del colegio, reparar en gastos...

Por hoy ya tenía el día ocupado. Mañana martes lo dedicaría a escribir la historia misteriosa. ¿Sobre qué? Misterios sabía de sobra. Pero no podía hablar sobre ellos. No en público. Aunque bien pensado, ¿quién iba a enterarse? No, no. Que el tal Sebastián es de Girona. Vete a saber a quién conoce. Mejor escribir sobre una historia publicada, de los archivos de El Punt, por ejemplo. Iría para allá, entonces. Mañana, al levantarse. Por la tarde... ¿quizás a comprar ropa?, ¿a ojear novedades a la librería?, ¿llamaría a su hermana y se explicarían cosas? El miércoles, gracias al curso, pasaría en un plis plas. Y casi estarían a viernes que, con suerte, le traería a Narcís toda una noche. O lo que quedaba después de cerrar el restaurante un día tan propenso a llenarse hasta altas horas.

¡Se le tenía que romper una media en su momento de relax! Malditos fabricantes. Unas medias tan caras. Y va a tener que comprarse otras. A la mierda con sus planes. Como si le sobrara el tiempo. Coge de un raptó su gabán y baja rauda las escaleras, a la calle.

La gente charla en las aceras, en el Pont de Pedra, a la entrada de los comercios. Tienen siempre qué decirse, o no, la cuestión es hablar. Pero Bet está ocupada. Entra en las tiendas, concienzuda, en pos de un par de medias. No están mal la mayoría de ellas, pero tiene que buscar. En una boutique la dueña le presenta un ejemplar recién llegado de París. Ummm, de París. Esta mujer me está engañando.

– ¿Y será un modelo exclusivo? –le pregunta, exquisita, Bet.

– Por supuesto. De París todo es exclusivo –se enorgullece la dueña de la boutique.

– ¡Ah, París, un lujo muy caro, no?

– No, el diseño es de París, pero se confeccionan en Taiwán.

– Con calidad francesa, claro.

– Toca, mira qué textura, qué suavidad.

– De nylon, denier 50 por lo menos, un glamour muy parisino, sí, pero de le Périf –concluye Bet sarcástica al tacto de las medias.

- Ten en cuenta que son de invierno –le indica la dueña, no muy segura de si las censura o alaba.
- De invierno para walkirias. Yo no paso de denier 10, con 5% de elastano y, por supuesto, mates. Y algunas, made in Terrassa –se despide Bet.

¿Se había pensado que me iba a enredar? ¿A mí? Yo sé comprar. Es importante saber comprar. Batir la zona elegida, husmear las piezas, hostigarlas. Una prenda ha de despertar tus instintos, agitarte. Ha de provocar 5 ó 6 segundos de tensión en que el inconsciente afirme que la trayectoria es buena. Es el momento de probarla con saña y placer, esa gula que experimenta una mujer con una pieza recién abatida. La principal virtud es la resistencia, horas de tesón que engorden un armario de triunfos. Y esas medias. He de encontrar unas medias a la medida de mi pericia, se propone Bet.

Pero la búsqueda quedó en paseo. Quizás hoy no quería encontrar. Afirmarse sobre la ciudad, impregnarse del dulzón olor a río, con objetivo pero sin rumbo, le producía una vibración peculiar. Su interior parecía en modo silencioso conectarse con ella, pero Bet no estaba para sutilezas. Tenía que hacer.

La vuelta a casa fue una espoleta de actividad. Arreglarse ella misma, contemplarse crítica en el gran espejo coronado de rosas que Narcís le había regalado hacía tiempo. Desestimar la falda que tenía pensada, a falta de medias. Revestirse con el pantalón de jacquard negro, la camisa tipo chal de estampado flores de gel, las sandalias... qué dignidad sobre esos tacones en piel plata, cómo la alejaban de lo mundanamente gris. Y el perfume. Empezaba por dejarse seducir por el flacon, deliciosa palabra que los franceses habían sabido inventar. El aroma tenía que alcanzar su propio placer, después a los demás. El perfume es lo mejor de la noche. El día no tiene perfume, como no sea a pescado, olor a portería o a excremento de perro.

Pero no podía acudir al Dibatènia sin pasar por su diario, hoy deshabitado. Oh, su diario. Sabe de la mosca que pasa, del café sucio por la mañana, de sus sentimientos, su sueño reiterante, que nunca entiende, su hambre de no sé qué. Y luego le asquea leerlo. Ya no lo hace nunca. Desde que se escuchó en voz alta. ¡Algo suena mal! Da igual. Vivir sin escribir sería como encerrarse en una botella con el tapón puesto, florando en el ancho mar. Ya lo está, en una botella. Girona es pequeña, dócilmente opresiva. Pero no tiene tapón. Cada mañana sale al mar y nada un rato con su escritura, se mete bajo las olas, vigila el horizonte, dialoga con sus seres y vuelve salada y activa a esa botella que ya no le parece tan reducida. Su diario es como su casa, su reino.

«Querida Nemorosa, te he de confesar mi propósito: ¡no me voy a quedar sin medias!».

Iván, el emparedado

Iván ve ya el borrón amarillo de la multa desde lejos. ¡Mierda! ¡La maldita ciudad, que va a por él, por forastero! Coge el papel mirando a derecha e izquierda, sonrojado, no sea que alguien se burle de su mala suerte. ¡No piensa pagarla! Aunque como le llegue a casa...

Arranca el coche después de tres intentos, se pierde por Gràcia. Consigue salir en dirección contraria a Rubí. Un atasco lo detiene unos minutos. Descubre una vía conocida, ¿estará salvado? En tres cuartos

de hora ha de cebar la terminal de control. Enciende la radio para calmarse. ¡Jazz! Debería gustarme el jazz. Queda muy interesante. Los colegas no dejan de hablar del Festival de Terrassa, de que si traerá nuevas propuestas, jazz latino, fusión... ¿Será verdad que les atrae? Yo no puedo con él. Me aburre.

Ya no hay espacio en el aparcamiento. Y van a dar las dos. Iván aparca en el terreno abandonado, arrimado al charco de barro. Se pone el mono de trabajo al amparo del coche. Ve cómo Lidia se despide con un beso de quien la deja, qué extraño, en este lugar tan alejado de la entrada de personal. Corre hacia la terminal, ¡sólo un minuto tarde! Por esta vez se ha librado de que le descuenten una hora del sueldo, pero otra no tendrá tanta suerte. Va a sudar de verdad el curso recién estrenado. ¡Y no será de tinta!

Aunque él ya tiene claro que quiere hacer una historia siniestra. Para eso se ha apuntado. La vida es demasiado opaca como para escribir otra cosa. No hay más que ver a sus compañeros de La Concubina. Abotargados. Cenicientos. Las chicas peinadas y pintadas sólo para tirarse al más hambriento. Ya ha catado a algunas, ya. Con hacerte el interesante, el periodista, ya se te echan encima. Que si vas a escribir sobre ellas, que si les hagas fotos. No tienen más que pies de fotos del Lecturas en la cabeza.

Por lo menos Neus está muy buena. Y no trabaja en la fábrica. ¡Y qué envidia me tienen los amigos! Es como todas, aburrida, pero no me pide mucho, y me gusta hacer el amor con ella. Se me da de una manera. Yo con Neus he sido honrado. Le he dicho que sólo voy con ella por sexo, que no la quiero, y que espero lo mismo, que no me pida más. Pero en general me gusta llevarla conmigo. Si no fuera por esos horribles botines lilas. No sé cómo decirle que los tire, que los aleje de mi vida. ¿Es que no nota mi cara de disgusto cuando los veo? ¿Mi repulsión instantánea a acercarme a sus pies, aunque ya no los lleve puestos?

Clanc, clinc, ñiiii, clanc

A la salida del turno Iván se acerca al Pomada, a tantear a sus compañeros de periodismo. ¡Qué suerte tienen! Pueden permitirse colaborar aquí y allá por cuatro míseros duros mientras se abren las puertas de la profesión. Él tuvo que ponerse a trabajar ya en quinto de carrera. Su madre siempre tan apurada, limpiando pisos. Iván fue a ganar algo de dinero para los tres. La fábrica es una mierda, pero le da tiempo libre. Él también quiere intentarlo. Quiere escribir crónicas, entrevistar personajes, investigar temas oscuros. Quiere hacerse un nombre en Rubí y en la escritura.

En la barra está Paco, tomando una cerveza. Como es tan jeta, ha conseguido meter un pie en el Diario de Rubí. A base de ofrecerse para hacerlo gratis, de llevarles temas, entrevistas hechas por su cuenta, en tres meses ya le pagan alguna colaboración. Y le invitan a algún pesebre. Y eso que en la carrera no era gran cosa. Quizás tenga algo para él.

– ¿Qué, Paco, cómo va el subidón del periodismo? ¿Sigues tan imprescindible como siempre?

– Iván, tú por aquí. Pues no te lo pierdas. Hoy estoy camuflado en mi propio ambiente. Estoy siguiendo a aquel tipo. Es investigador privado. Él está siguiendo a ese otro tipo. Que ha venido aquí a verse con alguien.

– Si ya tenías una imaginación muy viva, en la carrera. ¿Y te lo pasas bien, haciendo de parainvestigador?

– Uf, tienes que probarlo. ¡Qué chutazo de adrenalina! Lo sigo para mi nuevo artículo. Se me ha ocurrido preguntarme qué es eso de la investigación privada, si se topan con lo legal, si les da para comer. He entrevistado a un par pero no sueltan prenda. Así que por mi cuenta les rastreo.

– ¡Para flipar! Yo ando en algo parecido. He empezado el guión de una película. Cine negro, por supuesto. Un thriller en una churrería.

– ¿Un guión? ¿Y desde cuándo andas en eso?

– Desde que me he juntado con un grupo de guionistas. Nos vemos los lunes y los miércoles por la mañana, establecemos en común una escaleta y nos llevamos las escenas para casa. Ya sabes. A mí en la carrera me tiraba más la cultura. Y el cine especialmente.

– Iván, pues si estás tan metido, ¿por qué no le envías al Diario críticas de los estrenos? En Cultura está Xavi, ya sabes. Si le gustan, te las publica, seguro.

– ¡Una cherve para mí para inspirarme! Y otra para ti. ¡Qué buena idea!

Paco siente un movimiento imperceptible en su bolsillo. Hay una nota doblada en cuatro. Dice así: «Aficionado de pacotilla. Hay que ser invisible para ser detective. Y tú has infringido enterito todo el código».

¡Qué buena idea!, se da cuenta Iván mientras callejea de regreso. Puedo imaginarme para la próxima clase la historia de un rubinense que pasó por investigador privado de políticos y empresarios, para chantajearles y obtener un buen puesto de trabajo. El tipo se habría ganado su confianza como jardinero, y habría poblado sus parterres de tremendas plantas violáceas, amarrotadas, que no eran más que tapaderas de micrófonos espía. Y qué de cosas seguro oiría entre las flores. Conversaciones de portero, gatos en celo, un eyaculador nocturno, palabras no aptas, la caída de un condón desde el primero... Tarde o temprano encontraría su pasaporte a un trabajo limpio y bien remunerado, se ganaría su puesto, una novia laboriosa y paf, un día no vendría a la oficina. Preguntarían por él. Le buscarían. Nada. El más absoluto misterio. Como el de la súbita alteración de las flores a rojo.

Yo le pongo mi arte a esta historia, acepto que por supuesto exageré algo y la vendo como auténtica el miércoles en el curso. Al fin y al cabo, podría haber sucedido.

E Iván deja atrás las mansas callejuelas del centro, cruza la estación y se enluta en la alargada sombra de Las Torres, ese barrio testigo de sus más altibajas aspiraciones.

Rompiendo el hielo

Ya lo habrás adivinado. Nuestros personajes se han apuntado a un curso de guión cinematográfico. ¿Por qué? Mira cómo se han presentado en su primer día de clase...

– Vamos a conocernos primero. Ya saben, soy Mariano. Recién llegué de Argentina, por un tiempo. Chicos, estoy aquí, como su teacher, porque me gustan las historias. Las buenas historias viven mi vida más que la misma realidad. Por eso me ha contratado su escuela. Para hacer de ustedes unos fabuladores. Porque señorita, y dígame, ¿para qué vino acá?

– ¿Yo? Pues yo vivo en Girona, bueno, me llamo Bet, donde tengo un restaurante con mi hermano. Me va bien, pero también escribo, quiero decir, desde pequeña, cada mañana. Y esta vez me he decidido a darme la oportunidad de tomármelo en serio.

– Yo soy Sebastián o Sebastià y también he nacido en Girona, aunque me fui cuando joven a vivir a Mataró. Tengo allí una empresa de camisetas, de la que ya se ocupa más mi hijo, el Pepe, así que ahora puedo hacer lo que siempre he deseado, que es hacer films. Mis amigos me dicen que tengo demasiada fantasía, pero luego siempre me invitan a las cenas porque soy el que animo el grupo. Así que, ¡aquí estoy!, dispuesto a que lo pasemos bien.

– Soy Iván. Acabo de licenciarme en periodismo y trabajo en Pastas La Concubina, en el turno de tarde. Ya que no puedo dedicarme a escribir, por lo menos hago «sopas de letras», je, je. Como veo muy difícil vivir de ser escritor, a ver si de guionista... Porque esa es mi intención, pero ya os digo, es muy difícil.

– Pues yo soy Rafaela. Tengo, mi familia tenemos una empresa de estampación en Arenys de Munt, donde vivo. Sebastián, a lo mejor te suena, se llama Rubinat.

– ¡Rubinat! Sois buenos, aunque algo caros.

– Soy la fundadora del Club de Mujeres Poetas del Maresme, pero tengo siempre tanto que hacer que no puedo dedicarme al ripio. Por una serie de cosas que no..., esto, bueno da igual, es el momento de cumplir este curso, al que eché el ojo hace años. Y aquí estoy, tratando de venir lo más posible.

– Macanudo. Dos de Girona, una del Maresme y uno de no recuerdo –dice Mariano, escribiendo aleatoriamente los dos nombres y una X en la pizarra–. Chicos, ¿alguno quiere enmarcarlos en un territorio?

Sebastián, el más cercano a la pizarra, disculpándose por su poca destreza, dibuja un supuesto mapa de Cataluña alrededor de los topónimos y de la X, que rectifica por Rubí a indicación de Iván.

– Este va a ser el territorio de la historia que crearemos juntos desde el próximo miércoles –les anuncia Mariano–. Han de saber la primera regla de oro: escribir sobre lo que uno conoce, para que sea profundo y rico y no se llene de estereotipos. Más luego quiero de ustedes una leyenda, un suceso de su tierra, escrita.

Y ahora –continuó Mariano cambiando a un tono más imperativo–, voy a darles el material del curso. En estos meses van a agarrar la técnica. Pero nada les enseñará más que una historia... y los comentarios de sus compañeros.



¿Quieres saber más?

Únete a la comunidad de desguazadores de Facebook

www.facebook.com/ElDesguace